

agradaba, el fuerte del emperador Alejandro y el del emperador Francisco; mas yo le di las gracias: habia hecho provision de hornabeques para largo tiempo.

Volvimos á pasar el puente y entramos en la ciudad. Para desquitarme de toda aquella arquitectura militar, me dirigí hácia San Castor. El nombre de Luis el Pio, su fundador, me habia atraído; mas la primera cosa que llamó mi atencion, fué una portada moderna. No obstante, examinándolo bien, encontré poco mas ó menos, la antigua basilica donde en 806 se celebró el famoso sínodo al que asistieron tres reyes y once obispos. Animado por el resultado, entré en lo interior y vi el sepulcro de Santa Ritza, hija de Luis el Pio. Santa Ritza es una santa acaso poco conocida en París, pero muy venerada en Coblentza. En efecto, la gracia del Señor se habia manifestado para ella de una manera irrecusable. La buena santa vivía en Ebreinbrestein, y como tenia gran devoción á la iglesia de San Castor, construida por su padre, iba á ella todas las mañanas á rezar sus oraciones. En aquella época no existía aun en Coblentza el bonito puente que el centinela prusiano no me permitió ver á la luz de la luna. Pero Santa Ritza, gracias á la fé ardiente que sentía, habia encontrado el medio de no necesitarle: marchaba sobre el agua, como hubiera hecho San Pedro si hubiera creído como ella, y de este modo, á presencia de todos, atravesaba el río, que se contentaba con mojarla la planta de los pies.

Hacia dos ó tres años que Santa Ritza hacia diariamente este paso milagroso con aquel éxito, cuando una mañana encontró el río muy alterado efecto de una tormenta nocturna. Jamás habia visto su corriente tan rápida y agitada: un temor desconocido hasta entonces se apoderó de ella, y en lugar de ponerse en camino con su confianza habitual, no apoyándose mas que en su fé en el Señor, fué á una viña y cogió un rodrigon para sostenerse; mas apenas habia andado algunos pasos por el río, sintió que se sumergia gradualmente, de modo que no sabiendo nadar se vió en grande aprieto. Felizmente, renaciendo en ella su primitiva fé, arrojó lejos de sí el maldito rodrigon cuya inutilidad reconocia, y el río la volvió á sacar suavemente á la superficie: llegó á la otra orilla, sin que sus vestidos conservasen la menor huella de aquel accidente.

Ya se adivinará que despues de tal milagro, Ritza fué canonizada sin oposicion.

Por su parte, San Castor ejecutó otro milagro de distinto género, y que tambien tiene su mérito. En 1688, Luis XIV en persona puso sitio á Coblentza con el mariscal de Boufflers, y encargó á Vauban dirigiese las operaciones obsidionales. Vauban empleó en él su ordinaria celeridad. A los pocos dias, el rey, á quien como se sabe no le gustaba esperar, habia mandado comenzar un bombardeo de los mejor combinados, cuando con gran admira-

cion suya vió izar sobre la iglesia de San Castor una bandera blanca con las flores de lis de Francia. Mandó preguntar qué significaba aquella bandera, y le respondieron que en su cualidad de iglesia francesa, fundada por Luis el Pio, San Castor se ponía bajo su proteccion. Luis XIV, que veía que el sitio, calificado de inútil por sus generales, amenazaba prolongarse mucho, se aprovechó de aquella ocasion para aparecer magnánimo, y levantó el sitio diciéndo que no queria esponer á los estragos de un prolongado sitio una iglesia fundada por uno de sus antepasados.

La respuesta no era muy fuerte en historia, pero como convenia á los coblentceses, no se mostraron meticulosos en cuanto á la genealogía.

Saliendo de San Castor, atravesamos una plaza en la que hay una fuente notable por su doble inscripcion: fué construida en 1812, en medio de las mil obras que ejecutaba á la vez con sus trescientos brazos el Briar imperial; y cuando estuvo terminada, el gefe del departamento del Rhin y Mosela hizo grabar las cuatro líneas siguientes:

Año 1812,
*notable por la campaña contra los rusos,
durante la prefectura de
Jules Dauzan.*

El 1.º de enero de 1814 se apoderaron los rusos de Coblentza, y habiendo encontrado completamente nueva su general la fuente conmemoratoria, y apenas terminada la inscripcion, mandó grabar debajo:

*Visto y aprobado por nos, comandante ruso
de la ciudad de Coblentza.
1.º de enero de 1814.*

La chanza era bastante buena para un cosaco. Verdad es que este cosaco era un francés que estaba al servicio de los rusos.

Atravesamos el puente del Mosela, uno de los mas bonitos que existen, y un camino que va de Suiza á Holanda, obra de Napoleon, nos condujo ante el sepulcro de Marceau.

MARCEAU.

Era el 1.º de octubre de 1791, el consejo militar y el civil se hallaban reunidos en la casa ayuntamiento de Verdun, porque la ciudad estaba sitiada por los prusianos, y el comandante Beaurepaire habia manifestado decidida-

mente la intencion de defenderse, y los ciudadanos la de capitular. Habia mas, el populacho habia ya saqueado los almacenes de la guarnicion, desde el primer dia del ataque, que fué la antevíspera, es decir, el 30 de agosto.

En efecto, el 30 de agosto, desde por la mañana, la ciudad de Verdun, al despertarse, habia visto una parte del ejército prusiano acampado en las alturas del lado de San Miguel, situadas á dos mil pasos de Verdun próximamente, y que dominan la ciudad: otra parte del ejército habia llegado la vispera á colocarse entre Fleury y Brazo Grande: el cuerpo de vanguardia del príncipe de Hohenlohe Kirbesg estaba en Belleville, es decir, á menos de media hora: Clairfaix estaba en Marville reconociendo á Montmedy y Juigny: en fin, el duque de Brunswick y el rey de Prusia en persona tenian su cuartel general en Brazo Grande, sobre la ribera derecha del Mosa, á una legua próximamente de la ciudad: componiendo el total de cuarenta á cincuenta mil hombres próximamente.

Verdun, por su parte, tenia por gobernador militar á uno de los mas valientes oficiales superiores del ejército: era este el comandante Beaurepaire. Tenia una guarnicion de tres mil quinientos hombres, sacados de entre los mas bravos de nuestros jóvenes soldados republicanos. Tenia diez bastiones unidos entre sí por medio de cortinas, cubiertas con tenazas y medias lunas, fosos profundos, algunos hornabeques y obras coronadas. Además, una ciudadela compuesta de un pentágono irregular y rodeado de una falsa braga. No eran fortificaciones de primer orden; pero era todo lo que se necesitaba para detener al ejército enemigo durante algun tiempo; y cada minuto que se retenia á los aliados lejos del corazón de la Francia era un minuto precioso y que no podia pagarse con demasiada sangre, porque daba un minuto mas á la Asamblea legislativa para organizar la defensa de la patria.

Tal era, pues, el estado de las cosas cuando el 31 de agosto, habiendo echado los aliados un puente sobre el Mosa, el general Kalkreuth le atravesó con la brigada Wittingoff, dos batallones y quince escuadrones, y con la posicion que tomó completó el cerco. El mismo dia, á las diez de la mañana, el rey de Prusia mandó se intimase á la ciudad la rendicion; la respuesta de Beaurepaire, como debia esperarse de él, fué negativa.

Así que fué conocida la respuesta negativa, un sordo rumor circuló por las calles, el espíritu de la ciudad era realista, y á este espíritu se unia como un poderoso auxiliar, el temor de que un sitio, destruyendo una parte de la ciudad, arruinase á aquellos á quienes tocase el estrago. Los ciudadanos que no debian mirar mas que á la patria, contaron sus tres mil quinientos defensores, y volviendo sus

ojos al ejército que los estrechaba, vieron que era doce veces mas fuerte que ellos. Y mientras los republicanos estaban dispuestos á derramar hasta la última gota de su sangre, vacilaron aquellos en comprometer una parte de su fortuna.

No obstante, al principio ahogaron las murmuraciones las enérgicas disposiciones de Beaurepaire. Mas apenas el enemigo tuvo noticia de la respuesta del comandante de Verdun, colocó tres baterías, una en la altura de San Miguel, otra en el campo del príncipe de Hohenlohe, y la tercera en el campamento del general Kalkreuth. Los habitantes de la ciudad, murmurando sordamente desde lo alto de sus casas, pero sin atreverse aun á oponerse abiertamente, seguian los terribles preparativos. A las seis de la tarde brilló una de las baterías, las otras dos le respondieron como obedeciendo á una señal, y las primeras bombas, cruzando sus disparos sobre la ciudad como una red de hierro, de fuego y humo, anunciaron que habia llegado el momento de la abnegacion ó de la traicion.

Duró el bombardeo toda la noche. En toda ella permanecieron los ciudadanos encerrados en su casas; pero al amanecer salieron, y á pesar del peligro que habia en permanecer fuera de ellas, se reunieron en la plaza. Cayó una bomba y reventó en medio de la multitud; muchos ciudadanos cayeron heridos.

Esta fué la señal del motin. Fueron tumultuosamente á ver á Beaurepaire; le amenazaron con abrir las puertas sin capitulacion y entregar la ciudad al enemigo sino se rendian. Beaurepaire se vió obligado á convocar el consejo, porque en aquella época, un consejo civil y militar estaba encargado de apreciar el estado de defensa de las plazas fuertes, y el comandante de la plaza se veia obligado á someterse á este consejo, ó en caso contrario, quedaba él mismo sujeto á un consejo de guerra.

Beaurepaire habia fijado la hora de las seis de la tarde para la apertura de este consejo; fué, pues, á él con sus oficiales, aunque tenia completa seguridad. Pero la mayoría era de ciudadanos, y como el bombardeo habia durado todo el dia ocasionando nuevas desgracias, decidieron los ciudadanos por unanimidad que era preciso rendirse. Beaurepaire los demostró todos sus medios de defensa, respondia con su cabeza que la ciudad no sería tomada por asalto; mas en vano fueron sus ruegos, sus súplicas, los ciudadanos se mantuvieron firmes en su decision. Entonces, Beaurepaire se levantó, paseó una mirada de desprecio por toda la reunion, y cogiendo en seguida una de sus pistolas que estaban colocadas en la mesa ante la cual se hallaba sentado:

—Sois todos cobardes y traidores, les dijo: deshonoros, pero sin mí.—Y se levantó la tapa de los sesos.

Mr de Noyon, el teniente coronel mas antiguo, reemplazó al comandante. Ante el cuerpo ensangrentado de Beaurepaire se hizo entrar al parlamentario prusiano, y se acordó una suspensión de armas hasta el día siguiente por la mañana; al día siguiente por la mañana, Mr. Noyon y el general conde Kalreuth debían arreglar los artículos de la capitulación. Los ciudadanos, sumamente satisfechos de haber obtenido lo que deseaban, se retiraron diciendo, que Beaurepaire se había muerto en un momento de locura. Esta fué la versión que adoptaron en aquella época todos los enemigos de la república.

La capitulación quedó arreglada, la guarnición debía salir con todos los honores de la guerra, llevando sus armas, bagages, dos piezas de á cuatro y sus arzones. Según la costumbre, el mas jóven de los oficiales superiores de la guarnición era el que debía llevarla al rey de Prusia. Se consultaron los cuadros, y se llamó á Marceau. Entonces un jóven de veinte y dos años, de cabellos rubios que caían sobre sus hombros, y de tez pálida, que llevaba las charreteras de comandante de batallón, salió de las filas, y se adelantó para recibir la capitulación de manos de Mr. Noyon. Mas antes de tomarla:

—Mi coronel, dijo, ¿no podríais encargar á otro esta misión?

—Imposible, dijo el comandante; las leyes de la guerra os señalan, obedeced.

Entonces Marceau desenvainó su sable y le rompió.

—¿Qué haceis? preguntó Mr. de Noyon.

—No quiero, respondió Marceau, que se diga que teniendo un sable al costado con el que podía defenderme ó matar, he llevado al enemigo una capitulación que nos deshonra á todos.

Introducido ante el rey de Prusia que le recibió en medio de un estado mayor de príncipes, duques y generales, Marceau quiso hablar; pero á las primeras palabras el llanto ahogó su voz. El rey quiso consolarle; pero entonces Marceau levantó su hermosa cabeza, y sonriendo á través de sus lágrimas con toda la confianza que la juventud posee en el porvenir,

—Señor, dijo, una sola cosa hay que consuele á un francés de una derrota, y es una victoria.

El rey de Prusia se inclinó ante aquel dolor, y mandó volvieran á acompañar á Marceau con todos los honores de la guerra concedidos á los parlamentarios.

Al día siguiente salió la guarnición de la ciudad llevando, además de sus armas, bagages y cañones, un furgon en el que iba el cuerpo del bravo Beaurepaire. En Sainte-Menhould, se unió al ejército del general Galbani. Marceau había perdido en aquel sitio su equipage, sus caballos y su dinero.

—¿Qué queréis que se os dé en cambio de

las pérdidas que habeis tenido? le preguntó un representante del pueblo.

—Otro sable, dijo Marceau.

En cuanto á Beaurepaire, la Asamblea legislativa le recompensó como hubiera podido hacerlo el senado de Roma; decidió que sus rostros se colocasen en el Panteon; que sobre su tumba se pondría esta inscripción: *Beaurepaire prefirió matarse á capitular con los enemigos de la Francia*, y que se daría su nombre á una de las calles de la capital.

En tanto, Verdun abría sus puertas al enemigo, y veinte doncellas vestidas de blanco, iban delante del rey de Prusia con canastillos llenos de flores.

Dos meses despues, el rey de Prusia repasaba la frontera fugitivo, y las veinte doncellas de Verdun marchaban al cadalso.

Marceau pasó con su grado á los coraceros de la legión Germánica, y partió con ellos de Philippeville para ir á combatir á los vendeanos, mas al llegar á Tours, se encontró que le había precedido la denuncia y la calumnia, así como á los demas oficiales camaradas suyos, y todo el estado mayor en cuerpo fué arrestado. Pero se reconoció absurda la delación, y la víspera de la batalla de Saumur volvieron á abrir las puertas á los prisioneros y se les devolvió sus espadas, de las cuales se sirvieron al día siguiente de una manera que probó á la Convención había hecho bien en obrar así.

La guerra de la Vendée era una guerra terrible y que mataba muy pronto á los que la hacían, porque allí no solo se moría por el hierro y el plomo enemigo, sino también por las denuncias de los envidiosos. Apenas llegado á aquel suelo fatal, Marceau había tenido que luchar contra la calumnia, la que sin embargo, se hubiera creído que no tenía que mezclarse para nada con su corazón leal y su bello y bondadoso rostro: vengóse haciendo prodigios de valor en la derrota de Saumur salvando al convencional Bourbotte, quien desmontado iba á ser cogido, cuando él le colocó casi á la fuerza sobre su caballo, y sosteniendo la retirada, ó mas bien, intentando parar la derrota, á pie y con un fusil en la mano. Bourbotte envió su parte á la Convención, y Marceau fué nombrado general de brigada: tenía veinte y dos años y tres meses.

No tardó Marceau en tomar la rebancha: designado por Kleber, su amigo, para mandar los dos ejércitos del Oeste, reunió todas las tropas repartidas en sus diferentes acantonamientos, y fué atacar á Mans, el 13 de diciembre de 1793. En el mismo día los vendeanos son lanzados de todas las posiciones exteriores y vueltos á encerrar en la ciudad. Eran las cinco de la tarde. Marceau viendo á su ejército cansado y á medio tiro de cañón de la plaza, aplaza para el día siguiente la bata-

lla decisiva; mas llega entonces Westerman, el general en jefe.

—¿Qué haceis? le grita á Marceau; ¿te detienes en medio de tu victoria? aprovechate de tu fortuna, jóven, y marcha adelante.

—Es apurar demasiado el juego, dice Marceau presentándole la mano con su bondadosa y triste sonrisa; mas no importa, marcha y te seguiré.

Y al punto el ejército entero se lanza siguiendo á los dos generales: llegan á luchar con el enemigo cuerpo á cuerpo; pero como las calles de Mans están atestadas de gente, los vendeanos oponen la misma resistencia que opondría una muralla. Durante toda la noche, Marceau ataca, hiere, derriba aquellas murallas vivas, y al amanecer, los realistas, deshechos en todas partes, despues de hacer de cada casa una ciudadela que ha sido preciso tomar por asalto, huyen por todas las puertas, dejando en las calles de Mans mas de tres mil muertos y mil quinientos heridos, porque en aquella guerra fatal en que todo prisionero es pasado á cuchillo, todo el que ha podido ir arrastrando, ha huido.

Mas entre los prisioneros se encuentra una prisionera. De una casa toda incendiada se ha lanzado una jóven; ha visto á Marceau con el sable en la mano, y ha ido á poner su honor y su vida bajo la salvaguardia de su lealtad. Marceau ha guardado religiosamente el doble depósito que se le ha confiado; mas por premio de su victoria, es denunciado á la Convención por haber sustraído al suplicio una muger vendeana, cogida con las armas en la mano.

Siendo esta una grave acusación, fué arrestado con la jóven vendeana. Al separarse de ella, en el momento en que iban á ser arrestados, la dió una rosa encarnada que tenía en la mano. La jóven amaba á Marceau: ella recibió el regalo que la hacía, y le guardó cuidadosamente.

Ambos tenían espuesta la cabeza; por tanto Bourbotte, que se acordaba de la derrota de Saumur, y del servicio que Marceau le había prestado, tomó al punto la posta y se presentó en la Convención á abogar por la causa de su salvador. Fácilmente obtuvo su libertad, mas no fué lo mismo respecto de la vida de la jóven vendeana.

La mañana del mismo día en que Marceau debía salir de la cárcel, ella fué conducida al cadalso. Marchó á él llevando en su boca la rosa encarnada que la había dado el jóven general, y cuando, según la costumbre, enseñó el verdugo la cabeza al pueblo, aquella rosa encarnada hizo creer á muchos espectadores que vomitaba sangre.

Marceau dejó á Mans y volvió á París. Apenas llegó se adelantó la Convención á sus deseos, quitándole el mando del ejército del Oeste, y dándosele á mi padre, quien á los tres meses envió á su vez su dimisión, pi-

diendo servir como voluntario en cualquier otro ejército.

Al abrirse la campaña de 1774, fué enviado Marceau á las Ardenas para tomar el mando de una division; pasó de allí al ejército del Sambre y Mosa, permaneció dos años en el Hundernek y en el Palatinado, á las órdenes del general Jourdan, entre Kleber y mi padre, sus dos mejores amigos; en fin, estaba ocupado en el sitio de la fortaleza de Ehrenbrestein, cuando recibió orden del general Jourdan de que fuera á reunirse á él.

Jourdan estaba en plena retirada, y se encontraba acorralado en los desfiladeros de Attenkirken: era necesario, pues, contener al enemigo, á fin de dar al ejército tiempo para atravesar los desfiladeros; á Marceau fué á quien el general en jefe encargó esta peligrosa misión.

Marceau tomó el mando de la retaguardia: era adorado de los soldados; al verle se contuvo el movimiento retrógrado. El archiduque Carlos creyó que había llegado un refuerzo á los franceses, y se detuvo por su parte. En aquella misma noche supo que era un solo hombre.

Mas durante aquella detención, Marceau había tenido tiempo de tomar todas sus disposiciones, y desde aquel momento el ejército no retrocedió mas que paso á paso, y sin que á pesar de sus incesantes ataques, pudiese el archiduque Carlos desbaratarle una sola vez. De este modo atravesaron el bosque de Rosenbach; mas luego que llegaron al otro lado del bosque, un ayudante de campo de Jourdan fué á advertir á Marceau que el ejército francés no había aun terminado de atravesar el desfiladero, y que era necesario se detuviese é hiciese frente á los austriacos. La palabra ¡alto! resonó al punto en toda la línea, y la retaguardia francesa presentó al enemigo una muralla de acero: habiendo dirigido inmediatamente despues la vista á su rededor para ver qué partido podría sacar del terreno, vió dos mamelones que dominan la salida del bosque; manda poner en batería seis piezas de artillería ligera, hace avanzar el grueso de sus tropas para sostener su retaguardia, y para examinar mejor al enemigo que avanza, parte al galope acompañado del capitán de ingenieros Souhait, del teniente coronel Billy, y dos ordenanzas. Llegado casi á la linde del bosque, se detiene Marceau, señalando con el dedo á Souhait un húsar del emperador que caracolea ante él. En aquel momento, un disparo de carabina parte de unos veinte pasos de distancia, y en medio del humo que sale de un matorral, se ve á un cazador tirolés que se retira volviendo á cargar su arma. Marceau acaba de ser herido por un balazo de carabina. Da maquinalmente algunos pasos hácia adelante, con la mano sobre su pecho. El teniente coronel Billy observa que vacila; corre á él y le recibe en sus brazos.

—¡Ah! ¿eres tú, Billy? le dice Marceau; creo que estoy herido de muerte.

Jourdan acude al punto y se arroja llorando sobre el cuerpo de Marceau; pero Marceau lo dice con su sonrisa bondadosa y triste:

—Tienes otra cosa más importante que hacer que llorar mi muerte; tienes que salvar al ejército. Jourdan hace con la cabeza una señal afirmativa, porque no puede hablar; toma el mando de la retaguardia, y ordena trasladar a Marceau a Attenkirken.

El ejército pasa el desfiladero sin ser alcanzado. Por la noche Jourdan vuelve a Attenkirken; manda llamar a los cirujanos, y sabe por ellos que no solo no había ninguna esperanza de salvar a Marceau, sino que el menor movimiento apresuraría su muerte. Entra en la habitación del herido, y al verle pálido y moribundo como estaba, tranquilo y risueño como de costumbre, no puede menos de llorar, él, soldado veterano desde las primeras guerras, que había visto caer a su rededor tantos hombres. Marceau hizo un esfuerzo y tendió la mano a los que le rodeaban.

—Amigos míos, les dijo, soy demasiado llorado. ¿Por qué quejarme? ¿no soy feliz? ¡Muero por nuestro país!

Al día siguiente por la mañana fué preciso dejar a Attenkirken; esta fué la hora terrible. Mucho le costaba a Jourdan dejar a Marceau en poder del enemigo; pero era evidente que ningún socorro humano podía conservar la vida. Jourdan escribió a los generales austriacos para recomendarles a Marceau. En seguida se retiró el ejército francés dejando junto a su lecho mortuario dos oficiales de estado mayor, dos cirujanos, y dos húsares de ordenanza.

Dos horas después de la retirada del ejército francés, anunciaron al general Haddick; era el jefe de la vanguardia austriaca.

Después del general Haddick llegó el general Kray, el veterano del ejército enemigo.

En fin, después del general Kray, para que ningún honor faltase a la agonía del joven oficial republicano, se presentó el mismo archiduque Carlos. Llevaba a su propio cirujano, a fin de que uniese sus esfuerzos a los de los cirujanos franceses.

Todo fué inútil. Marceau espiró el 27 de setiembre de 1796, a las cinco de la madrugada, llorado por los oficiales enemigos, como lo había sido la víspera por sus compañeros.

Desde Bayardo era la primera vez que se veían estos ejemplos.

Apenas murió Marceau, los oficiales que habían quedado con él pidieron al archiduque que devolviese su cuerpo a sus compañeros de armas; y no solo el archiduque lo consintió, sino que mandó que fuese escoltado el cadáver hasta Neuwied por un numeroso destacamento de la caballería austriaca. Después el mismo pidió como un favor que se le participase el día en que fuera enterrado Marceau, a fin de que el ejército imperial pudiese reunirse al

ejército republicano en los honores que se le hacían.

Cuatro días después, noticiaron al archiduque Carlos que el entierro de Marceau tendría lugar al día siguiente.

Ocupaba entonces el ejército imperial la orilla derecha del Rhin, al mismo tiempo que el ejército republicano la orilla izquierda; mas las hostilidades se suspendieron por todo el día. Franceses y austriacos pusieron sus armas a la funerala, y los cañones enemigos respondieron con salvas iguales a los cañones franceses durante todo el tiempo que se empleó en la fúnebre ceremonia.

El cuerpo de Marceau fué depositado en el fuerte que hasta 1844 llevó su nombre, y que desde esa época ha tomado el de Petersberg ó del emperador Francisco. Consistía en una pirámide truncada, de veinte pies de altura, colocada sobre un sarcófago y que remataba en una urna donde estaba su corazón. En la urna estaba grabada esta inscripción: *Hic cinere; ubique nomen.*

Aquí sus cenizas; en todas partes su nombre.

En las cuatro fachadas del monumento se leen entre otras inscripciones, las siguientes:

Aquí yace Marceau, nacido en Chartres, departamento del Eure y Loire. Soldado a los diez y seis años, general a los veinte y dos, murió combatiendo por su patria el último día del año IV de la república francesa, a los veinte y seis años de edad.

Quien quiera que seas, amigo ó enemigo de este joven héroe, respeta sus cenizas.

El ejército del Sambre y Mosa, después de su retirada de Franconia, abandonaba el Saar; el general Marceau mandaba el ala derecha; estaba encargado de cubrir las divisiones que desfilaban sobre Attenkirken, el primer día complementario, año IV.

Tomaba sus disposiciones para salir del bosque de Rossenbach, cuando fué herido mortalmente de un balazo: se le trasladó a Attenkirken, donde su estado obligó a dejarle abandonado a la generosidad de los enemigos. Murió en los brazos de algunos franceses y de los generales austriacos, en el año de su edad XXVI.

Venció en los campos de Fleurus, sobre las orillas del Ourthe, del Rouer, del Mosela y del Rhin.—El ejército del Sambre y Mosa tiene su bravo general Marceau.

«Quisiera que me costase la cuarta parte de mi sangre y que conservase su salud

mi prisionero; por mas que sé que el emperador mi amo no ha tenido en sus guerras mas rudo ni incómodo enemigo (1).

(Memorias del caballero Bayardo.)

No había pasado un año cuando el general Hoche, su amigo, había ido a reunirsele, y a descansar con él en la misma tumba, pero menos feliz que él, murió envenenado.

Estos dos generales, cada uno de los cuales había mandado en jefe tres ejércitos, y llenado el mundo con su fama, tenían apenas cincuenta y cuatro años entre los dos.

En el mes de marzo de 1817, el oficial de ingenieros prusiano que dirigía las nuevas fortificaciones del fuerte de Petersberg, vió que el monumento del general francés estaba a sus planos, y le derribó; mas advertido por el rumor público del sacrilegio que había cometido, mandó el rey de Prusia que este monumento se reedificase en la llanura. Entonces se reunieron los dos sepulcros en uno solo.

Este fué el último homenaje tributado a la memoria del general Marceau.

SAN GOAR.

A las seis de la mañana, la campana del buque nos llamó a bordo; al volver a él encontré a Mr. Leroy ya levantado, el cual en su cualidad de propietario administrador, había querido ir a recomendarnos por sí mismo al capitán, a fin de que si nos agradaba bajar en algún parage donde no hubiese desembarcadero, pusiesen la chalupa a nuestras órdenes. Me llevó además un precioso álbum con todas las vistas del Rhin, el que me suplico llevase conmigo en recuerdo del bonito país que acababa de recorrer.

Había perdido a mis dos ingleses: probablemente habían llegado en aquel momento a Maguncia, porque en lugar de bajar como yo a Coblenza, habían continuado su camino, ansiosos como se encontraban de ver el estado del sepulcro de aquella buena milady. Mas en rebancha, volví a encontrar a los dos novios holandeses, que estaban amorosamente sobre el puente, entrelazados sus dedos a la vista de todo el mundo; habían hecho la peregrinación a Rolandseck, y habían vuelto de allí con un aumento notable de ternura. Esto fué al menos lo que me dijo con un gesto muy malicioso el

(1) Alusión a las palabras del general austriaco, baron de Kray.

novio, mientras la novia bajaba la cabeza y hacía todo lo que podía por ruborizarse.

Al salir de Coblenza se ve a la derecha, y por consiguiente en la orilla izquierda del río, una de las ruinas más bonitas de las orillas del Rhin; aquel era el castillo de Holzengfels. Y sin embargo, estas ruinas que pertenecían a la ciudad de Coblenza, estuvieron cerca de dos años en venta por diez luises, sin que escitasen el deseo en ningún viagero de comprarlas; viendo lo cual, el consejo municipal se las regaló al príncipe real. Como el príncipe real es un perfecto artista y hombre de gusto, apreció el regalo, hizo restaurar y amueblar por el estilo gótico una de las mejores habitaciones: puso en ellas un guarda, y le autorizó para enseñar el castillo a los extranjeros; desde entonces ha habido ingleses que han ofrecido por él hasta mil libras esterlinas. Frente está el castillo de Lasneck, que domina el pequeño río de este nombre que desagua en el Rhin; y un poco más distante la ciudad de Oberlanstein, toda erizada de torres, y semejante a una antigua ciudad feudal.

No tarda en encontrarse el viagero frente a la pequeña ciudad de Rhensée, donde se encontraba en otro tiempo el famoso Sitio Real, que fué demolido en 1802 por los franceses, del que cuatro piedras tan solo de mediana dimension, y que se ven en medio del Rhin, a cuatrocientos pasos poco más ó menos por bajo de la ciudad, indican al presente el sitio: en este Koenigstuhl es donde se reunían los electores del Rhin para deliberar sobre los intereses de Alemania, y se había erigido en aquel lugar porque los cuatro escritorios de los cuatro electores se unían allí como los rayos de una estrella. Desde lo alto de las sillas se veían al mismo tiempo cuatro ciudades pequeñas: Sanstein, en el territorio de Maguncia; Capellen, en el de Tréveris; Rhensée en el de Colonia; y en fin, Branbach, feudo palatino. Frente, en la otra orilla del Rhin, está la pequeña capilla donde en 1400 los electores, después de terminada su deliberación acerca de Koenigstuhl, declararon al emperador Wenceslao destituido del trono.

Apenas se ha tenido tiempo de dirigir una mirada sobre las ruinas del Sitio Real y la capilla histórica que está unida a él por ese gran acontecimiento, nos encontramos delante del castillo de Marksburg, perteneciente al duque de Nassau. Es un antiguo castillo feudal muy bien conservado, y que es hoy una prisión muy pintoresca, donde entre otros prisioneros de estado, cuando nosotros pasamos, estaba un primo de Mr. de Metternich, que llevaba el mismo nombre que él, y el cual, en el motín del 5 de junio, que como se sabe, tuvo gran eco en Francfort, tuvo la idea de enarbolar sobre el Johannisberg la bandera nacional. Desgraciadamente para el pobre joven, probablemente había bruma en aquel momento sobre el Rhin, de modo que la bandera no fué vista

mas que por los espías de la Prusia, los cuales le arrestaron y condujeron al castillo de Marksburg, donde pudo ver para recrearse los instrumentos de tortura que se conservan allí, felizmente también como un simple objeto de curiosidad. Se puede visitar el castillo, pero como para obtener este favor se necesita un certificado de buena vida y costumbres, dado por la Santa Alianza, y no me había yo provisto de tan importante documento, forzoso me fué, con gran sentimiento mio, pasar adelante. En esta misma ribera del Rhin, y subiendo algunas millas, es donde se recoge la uva cuyo famoso vino se llama Leche de la Virgen.

Muy pronto perdimos de vista el magnífico castillo-prisión, porque el Rhin tiene una de sus curvas mas pronunciadas desde Marksburg á Boppart. En su ángulo mas notable se eleva la pequeña ciudad de Boppart, la antigua Bando brigá de los romanos, cuyas murallas están edificadas sobre los cimientos de un fuerte de Druso. Esta es la patria del emperador Enrique VII, que nació allí en 1312.

Desde Boppart se ve en lo alto de una montaña bifurcada, los dos castillos de los Dos Hermanos: son dos de las mas antiguas ruinas del Rhin, porque su abandono data, segun dicen, del siglo XIII. Estaban habitados por dos hermanos gemelos que se parecían de tal modo, que algunas veces sucedió á sus mismos padres tomarlos uno por otro. Vivieron en la union mas perfecta hasta la edad de veinte y cinco años, mas al llegar á esta edad, los dos se enamoraron de la misma muger, y la discordia comenzó entre ellos. No tardaron en llegar las cosas á punto que no queriendo cederla ni el uno ni el otro, resolvieron disputársela por las armas. Advertida de esta resolución la dama de sus sangrientos pensamientos, acudió á procurar ponerlos de acuerdo, mas la dijeron que los dos hermanos habian salido juntos, dirigiéndose hácia el valle. Hizo que la indicasen el camino que habian tomado, y fué en su seguimiento; á la mitad de la pendiente de la montaña próximamente, oyó el zic zas de sus espadas; dobló el paso, pero por mas ligera que fué, llegó demasiado tarde, y cuando estuvo en el campo de batalla, encontró á los dos desventurados hermanos tendidos el uno sobre el otro, como Eteocles y Polynice. Desesperada por haber sido la causa de un doble fratricidio, se retiró al convento de Marienberg, que se descubre mas arriba de Boppart, y murió allí religiosa. En cuanto á los castillos de los Dos Hermanos, desde aquel dia quedaron inhabitados.

San Goar es no solo un desembarcadero, sino también una peregrinacion. En otro tiempo un bonito castillo fortificado velaba sobre la ciudad, pero en 1794 hicimos volar sus murallas. Un posadero ha entrado allí por la brecha, y ha edificado en él una posada.

El antiguo santo que dió su nombre á la ciudad, también ha perdido materialmente al-

go con el paso de los franceses; pero moralmente, ha conservado una influencia aun demasiado grande para el siglo XIX.

He aquí como San Goar ha merecido esta gran reputacion, que hoy se estiende todavia desde Strasburgo á Nimega.

San Goar era contemporáneo de Carlo-Magno, y por consecuencia asistió á la lucha del gran emperador contra los infieles. Por mucho tiempo sintió el santo amargamente no poder ayudar al hijo de Pepino de otro modo que con sus oraciones. San Goar no solo era ermitaño, sino también batelero. Se entregaba á este sentimiento al mismo tiempo que iba á la orilla derecha del Rhin á salir al encuentro á un viagero que le habia hecho señal de que le fuera á buscar, cuando de repente se le ocurrió una idea que le pareció era de tal modo una inspiracion del cielo, que resolvió ponerla al instante mismo en ejecucion.

En efecto, apenas San Goar se encontró con el viagero en medio del Rhin, es decir, en el sitio en que el rio es mas rápido y profundo, cuando cesando de repente de remar, preguntó á su pasagero de qué religion era, y sabiendo que se las habia con un herege, dejó el remo, se arrojó sobre él, le bautizó en un abrir y cerrar de ojos, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, é inmediatamente, temiendo que un bautismo administrado de aquel modo perdiese su virtud, arrojó al nuevo convertido en el rio, que le llevó directamente al paraíso. En la misma noche se apareció á San Goar el alma del ahogado, y en lugar de reprenderle el modo algo brutal con que le habia obligado á salir de este mundo, le dió gracias por haberle procurado la eterna felicidad. No necesitó mas el santo con las disposiciones naturales que tenia, para lanzarse en aquel nuevo camino de conversiones; así desde aquel momento, se pasaron pocos dias que no fuesen señalados con alguna conversion nueva. Cuando trataba con un cristiano, por el contrario, San Goar no se contentaba con pasarle el Rhin; le conducía á su ermita, y allí dividía con él los dones que la piedad de los fieles le proporcionaban con tal prodigalidad, que aumentándose de dia en dia, probaban que la reputacion del santo era cada vez mayor.

Esta gran reputacion llegó hasta Carlo-Magno, quien en su cualidad de inteligente, apreciaba el medio de conversion adoptado por San Goar, y resolvió no dejar sin recompensa á tan poderoso auxiliar. Fué, pues, como un simple estrangero á pasar el Rhin, y habiendo hecho la seña acostumbrada, vió dirigirse hácia él al buen ermitaño; pero su deseo de pasar de incógnito el rio quedó sin resultado, porque Dios habia impreso en su rostro tal magestad, que San Goar le reconoció aun antes de que hubiese puesto el pie en la barca.

Semejante huésped debia dejar la huella

de su paso; así, en cuanto llegó á la otra orilla, y habiendo bebido de un vinillo que le pareció agradable, Carlo-Magno pidió noticias acerca de la tierra que lo producía, y habiendo sabido que estaba de venta; la compró y la regaló á la ermita, prometiéndole al ermitaño enviarle un tonel y una argolla.

Efectivamente, algunas semanas despues del paso del emperador, San Goar recibió los dos objetos prometidos. Ambos eran obras del encantador Merlin, y cada uno tenia su propiedad particular. El tonel, al contrario del de las Danaides, estaba siempre lleno, siempre que no se sacase el vino mas que por la espita; en cuanto al collar era una cosa muy distinta.

En la expansion de la conferencia, San Goar se habia quejado á Carlo-Magno de la mala fé de los infieles, puesto que sabiendo ya las costumbres de San Goar, en vez de confesar su heregia, respondian sencillamente que eran cristianos, atravesaban el rio, bebían su vino, y se iban haciéndole gestos. Y no habia remedio para evitar esto, no diferenciando nada á un cristiano de un herege que hace la señal de la cruz.

Este inconveniente era el que el emperador Carlo-Magno prometió obviar, y para cumplir su promesa le envió el collar preparado por Merlin.

En efecto, el collar tenia una virtud particular; apenas habia tocado al cutis, conocia con quien se las habia; si era con un cristiano permanecia en su *statu quo*, y dejaba pasar tranquilamente el vino de la boca á su estómago; si era un herege, se estrechaba inmediatamente hasta reducirse á la mitad, de modo, que el bebedor soltaba el vaso, sacaba la lengua y ponía los ojos en blanco. Entonces San Goar que estaba junto á él con una taza de agua, le bautizaba apresuradamente; y el resultado era el mismo. Eran, pues, inapreciables y hechos para estar juntos, ambos dones del tonel y de la argolla.

San Goar conocia el valor de este regalo; por tanto, no solo hizo uso de él toda su vida, sino que mandó á los frailes, que se habian reunido á él, y que le hicieron superior de una abadía que fundaron, que le siguiesen despues que él muriera. Los frailes no dejaron de hacerlo, y el collar y el tonel milagrosos atravesaron los siglos conservando su poder.

Desgraciadamente en 1794 se apoderaron los franceses de San Goar tan de improviso, que no tuvieron tiempo los frailes de poner en salvo su tonel. Al entrar en el convento el primer cuidado de los vencedores fué bajar á la bodega, y como por una sola espita no corria bastante vino para apagar su sed, emplearon el expediente usado en semejantes casos, y dispararon tres ó cuatro pistoletazos al bienaventurado barril, sin tomarse el trabajo de tapar el agujero de las balas. Por

la noche el regimiento estaba borracho, pero el tonel, cuyo encantamiento se habia deshecho estaba para siempre vacío.

En cuanto á la argolla, el tambor mayor la cogió para hacer con ella un collar á su perro, y los aficionados á arqueología pueden verle tal como se conservaba aun en 1809 en el lindo cuadro de Horacio Vernet, titulado el *Perro del Regimiento*.

Mas desde 1812 no se sabe que ha sido de él, habiéndose helado el pobre perrillo con su amo en la retirada de Rusia.

EL LORE-LEI.

Por lo demas, San Goar tiene para su reputacion un terrible vecino, ó mas bien, una temible vecina, que es la hada *Lore*, que ha dado su nombre á una inmensa roca cortada á pico, que se encuentra á medio cuarto de legua mas arriba de las ruinas de Katzenellen, y que por ella se llama *Lore-Lei*.

Desde Coblentza oíamos hablar de aquel paso del Rhin, no solo por la leyenda poética que va unida á él, sino como el mas vistoso que el rio presenta á los viageros en todo su curso. En efecto, al atravesar este sitio, los viageros mas indiferentes habian subido al puente y reinaba en toda la tripulacion una agitacion tradicional como la que se observa en el Ródano al aproximarse al puente del Espíritu Santo. Y efectivamente, en aquel sitio el Rhin se estrecha y se hace sombrío, su curso adquiere mas rapidez; porque en un espacio de quinientos pasos, sus aguas tienen una pendiente de cinco pies. En fin, el *Lore-Lei* se eleva como un sombrío promontorio y se ve salir del rio las puntas de las rocas que han rodado por sus costados y que han sembrado aquel paso de escollos. En la cima de esta montaña es donde residia la hada *Lore*.

Era esta una bonita jóven de diez y siete á diez y ocho años, tan bella, que los bateleros que bajaban por el Rhin olvidaban por mirarla el cuidado de sus bageles; de suerte, que iban á estrellarse contra las rocas, y no habia dia en que no hubiese que deplorar alguna nueva desgracia.

El obispo que habitaba la ciudad de Lorch, oyó hablar de aquellos accidentes tan frecuentemente repetidos, que parecían efecto de una fatal influencia, y las hijas, las esposas y las madres de los que ella habia hecho perecer habian llegado vestidas de luto á acusar á la linda *Lore* de magia; por lo que la citó para que compareciese ante él.